

## II. EL COMEDOR: LAS INVESTIGACIONES LLEGAN A LA MESA

**El mundo laboral de los adolescentes en situación de calle en la ciudad de San Salvador de Jujuy.**

**The labour of adolescents in situation of street in the city of San Salvador de Jujuy.**

**Pablo Civila Orellana\***

### **Resumen**

El presente artículo es un avance de la investigación "Prácticas, vivencias, usos y apropiaciones del espacio público por parte de los adolescentes en situación de calle en la ciudad de San Salvador de Jujuy" financiada por CONICET. De este modo, se pretende analizar la relación conceptual y material entre el mundo laboral informal y la situación de calle en el contexto de los cambios en el mundo del trabajo y del modelo de acumulación actual. Considerando este contexto, da la posibilidad de arribar a una definición operacional del trabajo infanto-adolescente urbano de acuerdo al recorte indagatorio de la investigación en curso, sin dejar de considerar el contexto histórico-social en el que se inscriben las prácticas laborales y/o estrategias de sobrevivencia.

### **Palabras claves**

Situación de calle, adolescencia, mundo laboral, San Salvador de Jujuy.

### **Abstract**

This article addresses the issue of child and adolescent labor regarding a research about "Practices, experiences, uses and appropriations of public space by homeless teens in the city of San Salvador de Jujuy". Thus, it analyzes the conceptual relationship between the informal labor market and the homeless in the context of the changes in the world of work and the current social model of accumulation. Considering this context, this presentation arrives at a working definition of urban infant and teen labor according to an ongoing research, which considers the historical and social context of survival strategies of Argentinean urban young workers.

### **Keywords**

Homeless, teens, workplace, San Salvador de Jujuy.

---

\* Licenciado en Psicología - Doctorando en Sociología. CAEA/CONICET. Email: patohashem@hotmail.com

## Introducción

El presente artículo busca conocer la problemática del trabajo que involucra tanto a los niños como a los adolescentes en los centros urbanos, y particularmente, sobre el trabajo que realizan en la ciudad de San Salvador de Jujuy. De esta manera, resulta necesario analizar la relación conceptual y material entre trabajo infanto-adolescente y situación de calle en el contexto de los cambios en el mundo del trabajo y del modelo de acumulación actual.

En su tránsito por la vía pública, los llamados “chicos de la calle” realizan actividades cuya finalidad es la obtención de recursos económicos como parte de estrategias de sobrevivencia individuales. Según el informe realizado sobre la situación de calle tanto de niños como de adolescentes por una Fundación que trabaja de manera coordinada con la Secretaría de Niñez, Adolescencia y Familia “casi la mitad de la totalidad de dicha población se encuentra dentro del mercado laboral informal, mientras que un porcentaje cercano al 30 % práctica la mendicidad, mientras que el restante de la población se distribuye entre la errancia y cirujeo”. Estos datos reflejan la relación constante entre presencia de adolescentes en situación de calle y la realización de alguna actividad para su subsistencia.

Se comprende que la identidad social de los adolescentes en situación de calle logran establecer un vínculo constante con el trabajo, aunque no culmina en él. Por eso, se pretende construir una definición del trabajo infanto-adolescente acorde con el recorte indagatorio situando la mirada en una perspectiva crítica que posibilite pensar el trabajo de los adolescentes en el entramado de relaciones sociales que involucra multiplicidad de actores: los y las adolescentes, familiares, organizaciones sociales, Iglesias, organizaciones empresariales, gobierno, entre otros.

El objetivo central de este escrito es poder generar un debate con las nociones de trabajo adolescente heredadas históricamente del paradigma de la situación irregular de la niñez y del mercado de trabajo, para descubrir las particularidades que asume durante los

últimos años en el contexto de desproletarización<sup>1</sup> y desocupación creciente a nivel mundial y con especial manifestaciones en América Latina.

### **Adolescencia e infancia, mundo laboral y sectores populares**

El trabajo tanto de niños como adolescentes perteneciente a los sectores populares se constituye como un elemento histórico de su identidad social con diversas connotaciones de acuerdo al modelo acumulativo de reproducción social y a las significaciones atribuidas a estos actores sociales en la historia. Se piensa a la infancia y adolescencia como construcciones sociales y, por ello, en la existencia de una relación práctica y conceptual entre trabajo y lógica de periodización de la vida que constituye las subjetividades de cada época.

Según el historiador Philipppes Aries (1987), analiza la producción histórica y cultural de la infancia en el pasaje de la Edad Media a la Edad Moderna, lo que ahora se entiende por infancia antes se refería al periodo inicial de los primeros años de vida y mayor fragilidad. Según el autor, en el antiguo régimen el niño se confundía con los adultos, con quienes compartía juegos y trabajo; el niño aprendía compartiendo la vida cotidiana de los mayores. Recién en el periodo moderno el niño ocupa un lugar central en la escena social captado básicamente por la institución familiar y escolar.

“La idea de infancia inocente es moderna (...) A fines del siglo XVII el niño se separa del adulto, y la escuela sustituye el aprendizaje por la educación. A partir del siglo XVIII el azote pasa a considerarse brutal y envilecedor en tanto el niño, ahora como

---

<sup>1</sup> Así como el proceso de proletarización masiva y continua no fue posible sin el acompañamiento de políticas de Estado (sociales, laborales), de la misma forma el proceso de desproletarización activa masiva y continua no sería posible sin la activa participación del Estado. La motivación cultural toma significación en este proceso y obliga a reflexionar en torno a la redefinición, resignificación de aquellos dispositivos que faciliten la resocialización de los sujetos y la constitución de nuevas representaciones e imaginarios que se estructuran en torno al logro de la meta planteada de asegurar la reproducción ampliada de todos quienes conformamos las comunidades/sociedades. El Estado se constituye pues en uno de los actores privilegiados del proceso en tanto puede retrasar o acelerar estos procesos de cambio, si bien es preciso destacar que la orientación que asuma estará condicionada por la correlación de fuerzas que logren expresar y materializar aquellos sectores que pretenden mantener o hacer gobernable al modo de acumulación capitalista y las relaciones sociales a él vinculados o si por el contrario da cuenta de sectores que expresan una fuerte disposición e intención para cambiar el mismo.

promesa de hombre, no debe ser humillado, sino estimulado. Nos encontramos ya frente a la eficacia del discurso histórico del progreso para producir subjetividades y realidades social” (Grima; Le Fur, 1999: 122)

Desde la óptica del trabajo, en el discurso del progreso aparece la idea del niño como futuro trabajador y la educación y la familia como los responsables de su correcta socialización, donde aprenderá los valores (morales) y los conocimientos (aptitudes) para incorporarse al mundo del trabajo de acuerdo a los requerimientos de la producción. El espacio del trabajo queda reservado al adulto, recluyendo al niño en el ámbito escolar como lugar fundamental para la reproducción de la cultura y la recomposición generacional de la fuerza de trabajo. Así, queda asignado el espacio público y el mundo del trabajo para los hombres y la esfera privada de la vida familiar para la mujer y los hijos.

No obstante, esta realidad familiar y escolar que contribuyó a la producción de la racionalidad moderna y la subjetividad infantil, se consolidó en un principio como práctica elitista (siglo XVIII) de los sectores acomodados para no desviar a los sectores populares de los trabajos manuales. La enseñanza primaria (básica) era para todos y la educación media para la burguesía, evitando la mezcla de las clases sociales. La idea de una niñez excluida del mundo laboral no resiste el menor análisis histórico. La imagen de una niñez trabajadora como anormalidad y de una infancia recluida en la institución escolar y en el hogar se conforma como una construcción idealizada de la clase burguesa en ascenso.

Cuando Marx describe los progresos de la producción capitalista en el periodo manufacturero y los métodos de acumulación originaria en Europa y especialmente en Inglaterra, relata como la incipiente clase capitalista justifica la utilización esclavista de niños, encubierto en la figura de aprendiz, buscando entre los niños pobres la fuerza de trabajo para el funcionamiento de la fábrica con mayores perspectivas de ganancia a través de la expropiación del producto de su trabajo. “En Derbyshire, Nottinghamshire y sobre todo en Lancashire –dice Fielden- la maquinaria recién inventada fue empleada en grandes fábricas, construidas junto a los ríos capaces de mover la rueda hidráulica. En estos centros, lejos de las ciudades, se necesitaron miles de brazos. Lancashire sobre todo, que hasta el momento había sido una ciudad relativamente poblada e improductiva, atrajo hacia sí una enorme población. Se requisaban principalmente las manos de dedos finos y ligeros. Inmediatamente, se impuso la costumbre de traer aprendices, de diferentes asilos parroquiales de Londres, Birmingham, y otros sitios. Así fueron expedidos al norte miles y miles de criaturas impotentes, desde los siete hasta los 13 o 14 años. Los patrones (es decir, ladrones de niños), solían vestir y dar de comer a sus víctimas, alojándolos en

“las casas de aprendices”, cerca de la fábrica. Se nombraban vigilantes, encargados de fiscalizar el trabajo de los muchachos. Estos capataces de esclavo estaban interesados en que los aprendices se matasen trabajando, pues su sueldo era proporcional a la cantidad de producto que a los niños se les arrancaba. El efecto lógico de esto era una crueldad espantosa...”. (Marx, 1999.644-645).

La mano de obra dócil y barata fue un elemento fundamental para el desarrollo de la industria británica insertando el trabajo infantil en el centro del proceso de producción de mercancías, sin embargo, este análisis histórico debe distinguir el papel del niño en la formación de capitales en los países europeos del papel de los mismos en los países en vías de desarrollo o signados por fuerte periodos de colonialismo. En estos últimos se percibe siempre una relativa mayor explotación de los infantes respecto de aquellos países centrales o colonizadores.

Esta tendencia a la incorporación del trabajo infantil en el centro del proceso productivo persistió a lo largo de los años junto con la idea del cuidado y formación de las futuras generaciones de trabajadores mediante la educación para incorporarse al mercado laboral en el momento oportuno. Con esto se quiere decir que el trabajo, así como otras prácticas sociales, gestan la realidad social y la subjetividad infantil de los niños de los sectores populares durante el periodo moderno en relación constante con los cambios en los procesos económicos de acumulación del capital.

Según E. Ciafardo, en la Buenos Aires de principios de siglo, “...la participación de los menores en el mercado de trabajo industrial estaba lejos de asemejarse a los verdaderos ejércitos de niños ocupados a comienzos del siglo XIX en la industria fabril inglesa” (Ciafardo, 1992: 15), puesto que el desarrollo industrial de la época no tenía la envergadura suficiente como para demandar su fuerza de trabajo en forma masiva. Por ello, destaca que las ocupaciones laborales de los niños se inscribían en una diversa gama de oficios callejeros tales como: vendedores de diarios “canillitas”, lustrabotas, mensajeros, mendigos, vendedores de billetes de lotería, etc.

Sin embargo, M. Macri (2007) afirma que la proporción de niños trabajando en la calle era ampliamente superada por la cantidad de éstos que trabajan en el hogar, en casas de comercio o en fábricas. Dicha autora también señala como varían las proporciones de niños trabajando en diferentes rubros y espacios (urbano-rural) de

acuerdo a la región del país (compara la realidad de la ciudad de Buenos Aires con la de la ciudad de Córdoba).

Con el transcurso del tiempo las condiciones de trabajo de los niños, aunque fueron mejorando como consecuencia de las conquistas y luchas de la clase obrera (Gravano, 2013), siempre representaron un indicador de precariedad laboral, pobreza y explotación. Los diversos cambios ocurridos en el mundo del trabajo actual han sido impuestos y generalizados de acuerdo a las teorías económicas neoliberales, la internacionalización y globalización de la economía, la creciente flexibilización del mercado de trabajo y el crecimiento del sector terciario de la economía.

De manera interrelacionada, todos ellos tuvieron su origen tras la II Guerra Mundial, a lo largo de las décadas de los años 50 y 70, que supusieron un fuerte crecimiento económico para el mundo occidental. Esto generó un notable incremento del número de asalariados con poder adquisitivo y capacidad para consumir. En este contexto, la mayoría de los países del llamado primer mundo siguen las *teorías económicas propuestas por Keynes*, sustentadas sobre la base de conseguir el crecimiento económico proporcionando trabajo y, consiguientemente, dinero a las personas para que puedan consumir y demandar bienes y servicios de los sistemas productivos, satisfacer estas demandas de consumo, involucró producir más y contratar así a nuevos trabajadores, completándose de esta manera el círculo del crecimiento económico y del empleo.

Una consecuencia que se deriva de esta situación es el incremento de la población activa producido en esa época, ya que se incorporaron al mercado de trabajo muchas personas y grupos que en la anterior sociedad tradicional no se planteaban acceder a él, como pueden ser las mujeres, niños, adolescentes y pobladores rurales que acudieron a la llamada del consumo industrial.

Este período de estabilidad en el empleo y de un considerable incremento en los logros y garantías sociales conseguidas para los trabajadores finaliza con las diversas *crisis*, que condujo a una etapa económica caracterizada por la sucesión cíclica de períodos de expansión y recesión. Para combatir esta situación se imponen en el panorama económico internacional las *teorías neoliberales*, basadas en la necesidad de reducir costes, incrementar la competitividad, mejorar la productividad y la calidad para que la economía crezca y pueda generar empleo. En consonancia con estas teorías económicas se producen los fenómenos de mundialización de la economía y flexibilidad económica y laboral.

La *flexibilidad económica y laboral* es el instrumento de afinamiento económico utilizado en los sistemas empresariales neoliberales para acomodarse, de forma adecuada, a los cambios que se producen en la dinámica cíclica expansión-recesión. A la flexibilidad se puede entender como la capacidad de las empresas para reaccionar con rapidez a las señales del mercado y adoptar, rápidamente, decisiones racionales de gestión. En el terreno laboral, se postula que empleo y salarios son variables interdependientes, el paro crece porque los costes laborales son demasiado elevados y, por tanto, tienen que despedir a gente o al menos no incrementar plantillas (Ricca, 1992). Para que las empresas puedan aumentar el empleo y mantener la competitividad, tienen que hallar la forma de reducir costes en sus contrataciones. Se debe disponer de la mano de obra de tal modo que permita variar su cantidad y calidad, según las necesidades de cada momento, evitando costes fijos que aumenten la rigidez laboral. La manera que tienen las empresas de flexibilizar sus plantillas es a través de la descentralización y externalización de algunas de sus áreas, implantando la temporalidad y la provisionalidad en muchos de sus recursos, a la vez que se hacen más dúctiles las estructuras jerárquicas de autoridad, los sistemas de dirección y los canales de información.

Los avances producidos en terrenos como la microbiología, la óptica, la elaboración de nuevos materiales, la electrónica, la automatización mecánica y, sobre todo, los procesos de comunicación e informatización están teniendo una serie de efectos sobre el actual entramado económico, laboral y social en general. En primer lugar, la implantación de nuevas tecnologías obliga a realizar procesos de reconversión industrial, en los que suele acabar sobrando mucha mano de obra, ya que la técnica hace que se necesite menos personal para realizar las mismas funciones.

Vinculado este panorama se puede localizar tal situación que padeció la Región Norte del país, donde se produjo una activa participación económica de mujeres, niños, adolescentes y jóvenes en el mercado de trabajo del Aglomerado San Salvador de Jujuy - Palpalá. El mismo constituye el principal aglomerado urbano de la provincia de Jujuy y, como tal, refleja las vicisitudes por las que la misma ha atravesado en décadas. En general, puede señalarse que la década del noventa fue un período crítico en la historia del NOA, caracterizado por una gran inestabilidad política, con raíces en la insolvencia económica. En el caso de Jujuy, pasó de ser una provincia receptora de migrantes (internos y externos), lo que indica un buen desempeño económico en décadas anteriores, a estar en permanente conflicto, con cortes de ruta (a diario, impulsados por distintos

sectores), cambios de gobernadores y con un elevado déficit del sector público, que provocó atrasos en el pago de sueldos de los empleados del sector.

Dos producciones agroindustriales, tabaco y caña de azúcar, conformaban la base de la economía provincial, a lo que se sumaba el complejo industrial de Altos Hornos Zapla, fruto de una política estatal activa. La crisis del sector cañero generó una fuerte expulsión de mano de obra y, presumiblemente, un importante proceso migratorio hacia la capital provincial. La privatización de Altos Hornos Zapla dejó también un elevado número de desocupados en la localidad de Palpalá. A ello se suman un sector primario en crisis (con graves problemas de competitividad, altos costos y escaso acceso al crédito), una industria en declive y un sector terciario con serias dificultades para absorber la mano de obra excedente (particularmente el sector público, con sus limitaciones presupuestarias). Todos estos desajustes impactan sobre el mercado de trabajo y, particularmente, sobre la inserción de mujeres y las generaciones más jóvenes en el mismo.

En la mayoría de los escritos sobre el trabajo infantil urbano (Krichesky, 1993; Pratesi, 1999; Grima y Le Fur, 1999; Pico y Galende, 2001, Crespi y Larrarte, 2002; Pantano y Amador, 2002) se señala a las condiciones de pobreza como principal causante de su incremento en las últimas décadas. Sin creer que esto sea errado, pensamos que el eje causal que condiciona el vínculo del niño con la actividad laboral se encuentra en las transformaciones del régimen de acumulación capitalista, su acumulación capitalista, sus repercusiones en el mundo del trabajo y, por supuesto, en la clase-que-vive-del-trabajo (Antunes, 2002).

Las particularidades que presenta el trabajo de los chicos en situación de calle, no puede dejar de lado el análisis de los cambios estructurales en el proceso de producción capitalista para comprender cómo se inserta éste en la singularidad de las relaciones sociales donde se reproducen su existencia y el lugar que ocupa al interior de la clase trabajadora.

A principios de los años `70 el régimen de acumulación capitalista comenzó a dar señales de agotamiento en la crisis del modelo fordista-taylorista de producción y del Estado de bienestar Keynesiano como órgano regulador de la economía y del “contrato social”. Esto se vio reflejado en la reducción de los niveles de ganancia y producción del capital, la relativa autonomía ganada por los capitales financieros frente a los productivos, la incapacidad de hacer frente a las crecientes retracciones del consumo, la crisis fiscal del



Estado y el incremento de las privatizaciones del gasto público, la flexibilización y desregularización del proceso productivo y de la fuerza del trabajo (Antunes, 2002).

En respuesta a la crisis, los avances tecnológicos en el proceso de producción (automatización, robótica, microelectrónica) y en las comunicaciones, junto con el ingreso del modelo Toyotista y el modelo Sueco, dieron lugar a múltiples mutaciones en el mundo del trabajo que afectaron a la clase trabajadora que no sólo afectaron en su materialidad sino también en la subjetividad. “La clase trabajadora industrial no sólo está disminuyendo rápidamente como resultado de la automatización; sus habilidades manuales tradicionales y sus oficios están desapareciendo. La automatización no sólo destruye puestos de trabajo industriales no cualificados, sino también capacidades artesanales tales como las herramientas, fresadores, ajustadores, carpinteros, escayolistas, etc. (Gorz, 1996-1997: 29).

En este escenario, la irrupción del neoliberalismo como modelo único de pensamiento, que subordina lo político y lo social a una ideología economicista- y las nuevas lógicas de gestión Toyotista del trabajo –que llevan a cabo la flexibilización de las unidades fabriles, la desconcentración de la producción y la desregularización de los derechos de los trabajadores-, no afectaron únicamente al ámbito laboral, sino también al conjunto de la vida social y cultural generando procesos de empobrecimiento cada vez mayores y una concentración del poder y de los capitales en sectores minoritarios de la sociedad modificando, a su vez, las condiciones en que se expresan los antagonismos de clase.

Las reestructuraciones productivas que modifican las condiciones del trabajo, traen aparejadas la intensificación de los ritmos de producción, la reducción en los ingresos salariales y la modificación en la composición de clase cuya fragmentación acarrea serios niveles de desigualdad en las clases subalternas (Sosa, 2002: 274). Por un lado, se verifica una creciente disminución de la clase obrera industrial (desproletarización), y una heterogenización de la clase trabajadora. Por otro lado, se comprueba una creciente subproletarización del trabajo asalariado en el sector servicios y también en la expansión del trabajo parcial, temporario, subcontratado o terciarizado vinculado a la economía informal.

Se genera un proceso contradictorio donde el capital necesita cada vez menos del trabajo estable y cada vez más del trabajo *part-time* generando el incremento de los

índices de desocupación estructural a escala global. La intensificación de los tiempos en el proceso de trabajo reduciendo al máximo los costos de la producción. Así, en las empresas se preserva un número reducido de empleados estables más profesionalizados, clasificados y multifuncionales (que manejan más de una maquina a la vez) y se incorpora de manera fluctuante y flexible un conjunto de trabajadores temporarios o de la terciarización de alguna rama del proceso productivo.

Bajo el discurso de la eficacia técnica en el proceso de trabajo se sustituye cada vez más trabajo humano, reduciendo el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir una mercancía y generando un excedente estructural de fuerza de trabajo. Esta masa de trabajadores descartado del centro de la actividad productiva pasa a integrar las filas de los trabajadores precarizados, parciales, en la rama de los servicios o desocupados. Acompañando este proceso de recomposición del capital, los Estados Nacionales se transforman en organismos técnicoadministrativos de gestión social y la instalación de un mercado de consumos estratificados y variables ocupa un lugar central como eje integrador-disciplinador que forja nuevas realidades y subjetividades.

De este modo asistimos hoy a una constante desestabilización y degradación de las condiciones de trabajo que dan lugar a un proceso de heterogenización, fragmentación y complejización de la clase trabajadora junto con la destrucción o desarticulación de sus condiciones sindicales de lucha. Por ello, R. Antunes propone pensar la noción de clase trabajadora en su dimensión ampliada conformada por “todos aquellos y aquellas que venden su fuerza de trabajo a cambio de salario” incorporando no sólo al proletariado industrial sino también al sector servicios y toda la gama de subproletariado moderno: los trabajadores part-time, los trabajadores de la economía informal y los desocupados que conforman un ampliado ejército de reserva o desperdicio del sistema productivo y del mercado laboral (Antunes, 2003: 43). Según el MISMO autor no se puede centrar el análisis de la clase trabajadora en las condiciones homogéneas del obrero-masa de los `60/`70 en la era fordista-taylorista. Hoy, la totalidad de la clases trabajador industrial como a todo aquel que venda su fuerza de trabajo a cambio de un ingreso económico (Antunes, 2002).

### **Mundo del trabajo, pobreza y situación de calle**

Con respecto a este panorama se trata de ubicar y comprender las condiciones de producción y reproducción histórica-social del trabajo infantil-adolescente urbano. Dicho

análisis, al igual que el realizado sobre las condiciones del mundo del trabajo, no admite generalizaciones sino que debe incluir la multiplicidad heterogénea de vínculos con el trabajo que cada niño, niña, adolescente establece como estrategia para la reproducción de la materialidad de su existencia en un contexto signado por condiciones de pobreza y desocupación estructural.

Más adelante se intentará aclarar dicho campo diversificado de trabajo (permanente, intermitente, independiente o dependiente, familiar o extrafamiliar, en la rama de producción o en la de servicios, etc.) pero, por lo pronto, interesa establecer el lugar en que se ubican los procesos de trabajo realizado por los niños y adolescentes. El eje central es pensar conceptualmente el trabajo o las condiciones de reproducción de la existencia de los niños y adolescentes pobres en situación de calle, en un contexto social donde el trabajo es percibido como un bien escaso y que, a partir, de ello, reconfigura posiciones de clase y el escenario de la vida cotidiana de las personas en sus múltiples dimensiones<sup>2</sup>.

Las condiciones laborales de los sectores más empobrecidos en San Salvador de Jujuy (Argentina) se insertan dentro de la gran masa de personas con escasa o nula calificación y cuya inserción laboral es esporádica a través de contratos temporarios (sobre todo en la construcción), del trabajo por cuenta propia de la economía informal (que incluye una rama variada de actividades) y de la asistencia económica proveniente de los “planes sociales” del Estado.

En el campo combinado estas tres formas de percepción de ingresos económicos, las estrategias laborales de las familias en condiciones de pobreza requieren de la incorporación y participación de todos sus integrantes en la actividad económica. Este es uno de los casos donde mayormente se inscribe el trabajo infantil urbano de la población

---

<sup>2</sup> La estrategia fordista articulada con las políticas keynesianas de “bienestar” crearon la figura del trabajador como potencial consumidor; en la misma medida que creaban una cultura del consumo que incluía cada vez más integrantes del cuerpo social, entre ellos, los niños. Los signos de agotamiento de este paradigma a principios de la década de los `70, producto de la ya mencionada crisis económica y el avance de nuevas tecnologías informatizadas, transcurren sin abandonar el discurso del consumo dando lugar, así, al pasaje de un consumo de masas a uno estratificado y variable. Este último, acorde con las tendencias de producción diversificada del modelo Toyotista cuyo objeto es dar respuesta a un mercado que solicita productos diferenciados y en pequeñas cantidades

infantil en situación de calle. Las décadas del `80 y el `90 se caracterizan por la recepción de poblaciones migrantes provenientes de otras localidades de la provincias, como así también de Bolivia relacionados con la búsqueda de la inserción laboral aunque sea en el mercado informal, siendo la ciudad un lugar que, a pesar de la crisis, otorga mayores oportunidades para el desarrollo de estrategias de vida en la cultura del “rebusque”, (Golovanevsky, 2003).

Las condiciones de vida de quienes se encuentran por fuera del mercado formal de trabajo, integrando esa condición a la que R. Castel llama supernumerarios (1997:403), establecen una relación con el trabajo que deviene en lucha por la vida, bordeando más una condición de animalidad que de autorrealización y satisfacción de necesidades. En la lucha por la sobrevivencia, la actividad laboral acaece en su perfil más individualista (“sálvese quien pueda”) y el reino de las necesidades humanas se reduce al de mantenerse vivo “...Ninguna necesidad humana es tal por el hecho de ser condición para la subsistencia porque la subsistencia no es una necesidad humana: comer es necesario para subsistir pero eso no lo convierte en una necesidad humana. Será necesario en la medida que se necesite (o sea, desee) subsistir (...) Las necesidades lo son porque son necesarias pero no en el sentido antropozoico, sino en el económico estructural...” (Martínez Marzoa en: Grima, Le Fur, 1999:31).

Los fuertes procesos de (des)socialización y (des)individuación (Antunes, 2003:15) producto de la falta de trabajo conducen en los sectores empobrecidos al desarrollo de una serie de estrategias de vida económicas que generan, al mismo tiempo, modos de vida y modelos culturales dictados por la urgencia. Estas prácticas de sobrevivencias en la marginalidad se sostienen generalmente en el marco de una economía informal e ilegal que, sin embargo, se legitiman socialmente ante la “falta” de propuestas del Estado en políticas de empleo y política social en general, la persistencia creativa de las personas que, en poco tiempo, reemplazan una estrategia por otra cuando son reprimidas por los organismos de control estatal, pero sobre todo, porque no afectan ningún interés fundamental en la estructura de reproducción del capital.

“Dado que la clase hegemónica y el Estado no pueden incorporar a todos los sectores de la producción capitalista ni proporcionar bienes y servicios suficientes de la producción capitalista ni proporcionar bienes y servicios suficientes para su reproducción material y simbólica, deben aceptar que parte del pueblo establezca formas propias de satisfacer sus necesidades” (García Canclini, 1984:71). Sin duda se encuentra en estas condiciones de vida el perfil más alienantes del trabajo pero no por ello debemos dejar de

tener en cuenta que la centralidad del mismo se demuestra precisamente ante su carencia, cuando los excluidos del trabajo formal buscan otras formas de socialización, inclusión y reconocimiento que lo reemplace. La centralidad del trabajo hoy se demuestra no sólo en su importancia económica sino también en su dimensión psicológica, cultural y simbólica.

La falta de trabajo o la percepción del mismo como bien escaso y precario no sólo afectan la materialidad de las personas que están desocupadas, sino que modifica la subjetividad de las clases trabajadora en su totalidad y a la sociedad en general. Lo que ha mutado son las condiciones del supuesto contrato donde la burguesía necesitaba de la fuerza del trabajo de la totalidad del proletariado. Hoy el fenómeno de la desproletarización y la desocupación estructural creciente, indican que las “solidaridades orgánicas” del progreso moderno ya no albergan a todos; los explotadores ya no necesitan explotar a todos para perpetuarse como clases hegemónica.

Así, se crea la metáfora de los “incluidos-excluidos” entre quienes participan de la producción (directa o indirecta) y el consumo de bienes y servicios y quienes luchan por sobrevivir o “no quedar afuera” (en estado de vulnerabilidad diría Castel, 1997), procurando angustiadamente encontrar formas de individuación y socialización en la esfera del trabajo improductivo o del no-trabajo (Tosel, 2000:73).

La situación de calle infantil es expresión desesperada y creativa por la búsqueda de estrategias laborales que posibiliten sobrevivir económicamente y socialmente en el marco de las nuevas condiciones de estratificación social en los grandes centros urbanos. Es importante destacar que el trabajo del niño en la calle se presente como la punta de un iceberg que plantea la problemática del trabajo infantil desde su punto más visible y más crítica, pero en el presente sigue existiendo (en los países del tercer y primer mundo) la utilización de mano de obra infantil para el abaratamiento de los costos de la producción en determinadas industrias caracterizadas por sus tecnologías sencillas y por la utilización intensiva de mano de obra. Se entiende a la pobreza en su complejidad relacional para no caer en reduccionismo económicos, en culpas individuales, según Vasilachis (2003: 91) “las personas pobres son aquellas que se ven sometidas a un entramado de relaciones de privación de múltiples bienes materiales, simbólicos, espirituales y de trascendencia, imprescindibles para el desarrollo autónomo de su identidad esencial y existencial”.

Así como el mundo del trabajo se ha diversificado, la multiplicidad de situación en que se emplea mano de obra infantil hace muy difícil medir la magnitud de la problemática

del niño-adolescente trabajador en la totalidad de sus expresiones regionales, nacionales y globales. A diferencia del trabajo infantil rural o del trabajo infantil en el modelo de acumulación anterior, lo específico en el trabajo del niño en situación de calle de las ciudades es, precisamente, su improductividad, su prescindibilidad y su lugar de mero sobrante del proceso de producción presente y futuro (Tosel, 2000:77). La mayoría de sus actividades se constituyen como mendicidad encubierta, dentro de circuitos ilegales o delictivos y nada ocurriría en el equilibrio de la producción si ellos dejaran de brindar sus servicios. En cambio, se sabe que, por ejemplo, el canillita de principios de siglo XX ocupaba un lugar central en la tarea de la distribución y comercialización del diario que permitió el crecimiento del negocio periodístico (Ciafardo, 1992: 16).

La situación de explotación del trabajo infantil-adolescente hoy tiene que ver con el lugar de sobrante que ocupan determinados niños y sus familias. Estas, sin posibilidades de vender su fuerza de trabajo, deben proveerse y autoabastecerse de los medios de vida por fuera del mercado de trabajo formal y en las más extremas condiciones de precariedad. Niños, niñas y adolescentes deben realizar extensas jornadas laborales en el terreno de la economía informal para cubrir la cuota de dinero diario necesaria para garantizar su subsistencia.

En la investigación sobre condiciones de vida y estrategias de laborales de los niños en situación de calle, realizada por A. Lezcano y M. Lapenna (1998:100) en la ciudad de Rosario, se afirma que el ingreso infantil al mercado callejero está motivado casi exclusivamente por la decisión individual o colectiva de captar ingresos para la satisfacción de necesidades vitales como el alimento o la vestimenta, sobre todo en los hogares en los que la madre es el único y principal sostén. “El ingreso de las familias de los sectores de pobreza extrema no alcanza los niveles de subsistencia mínima. La misma formaliza estrategias que implican la incorporación de la mayor parte de sus miembros al mercado de trabajo. Eventualmente, las mujeres se ubican, junto a los niños y los jóvenes, como las poblaciones más afectadas por estas decisiones. Los hombres se insertaban en algún segmento de la economía formal o informal, en situaciones de mayor o menor precariedad, a partir de capacidades socialmente acumuladas o de acreditaciones diferenciales (Lezcano; Lapenna, 1998: 114—115).

Si bien en la modernidad los niños de las familias de los sectores populares, a diferencia de los burguesas, siempre ocuparon un rol significativo en el desarrollo de tareas laborales o domésticas (según la condición de género) como complemento para la subsistencia diaria del núcleo familiar, hoy esa dinámica, transformada por las situaciones

de marginación e inseguridad social, coloca a cada integrantes del grupo familiar como un actor fundamental para su sustento económico. En algunos casos los niños y adolescentes se convierten en la principal fuente de ingreso y no ya en un complemento, prolongando así la jornada de trabajo hasta completar un monto mínimo de dinero que deben llevar a sus hogares. A su vez, la incorporación creciente de nuevos trabajadores infantiles en el mercado de la informalidad restringe la capacidad de mayor captación de ingresos. “El destino de los ingresos percibidos por el niño son para la satisfacción de necesidades vitales. En el 71,1 % de los casos se trata de un Ingreso Adicional, en el 21,4 % es para Sostén Personal o Individual y el 4,5 % de los casos relevados en la primera muestra es el Ingreso Principal. Para la segunda muestra, los valores respectivamente son: 85, 5 % IA; 5,6 % SP y 8,9 % IP” (Lezcano; Lapenna, 1998: 108).

Las condiciones en que se expresan las situaciones de marginación y exclusión son múltiples y complejas. Así, una aproximación indagatoria sobre el trabajo de los niños en situación de calle debe distinguir entre aquellos niños que lo hacen como parte de una estrategia laboral-familiar consolidada, con horarios, lugares y tareas bien definidas, de aquellos que han roto el vínculo con el núcleo familiar y viven en la calle desarrollando actividades laborales con pares o con otros adultos para asegurar su propia subsistencia. Ahora bien, aunque el trabajo infantil se presenta como una forma de explotación también es necesario remarcar la dimensión simbólica que imprime reconocimiento a su actividad laboral y que, aunque no logre sacarlos de los circuitos de la marginalidad, si opera como alternativa para superar aquella identidad social fragmentada y enajenada que los nombra como “chicos de la calle”. En la mayoría de los casos relevados, en el ya mencionado estudio realizado por A. Lezcano y M. Lapenna (1998), los niños se perciben como trabajadores.

Según R. Castel (2004:59), el trabajo reposa sobre la tensión dialéctica entre alineación-explotación y reconocimiento, pero sólo la consolidación de las condiciones y relaciones de trabajo dignas (con salario reconocido y protegido) son las que permiten que las personas no sean “tragadas por el trabajo”. La realidad subalterna de los sectores excluidos se constituye a partir de las desigualdades entre el capital y el trabajo, pero también por apropiación desigual de la cultura y las formas en que cada sector reproduce, transforma y representa sus condiciones de vida y de trabajo. Las prácticas laborales de los niños en situación de calle deben comprenderse en referencia a la totalidad de las relaciones sociales donde desempeñan sus actividades en una relación constante entre la totalidad estructural y la reproducción subjetiva de la vida cotidiana.

### **Trabajo infante-adolescente: definición operativa**

Tanto en el ámbito de la producción académica como en el de los organismos internacionales (UNICEF, OIT, etc.) nacionales o locales que intentan acercarse a la problemática del niño que trabaja, entran en polémicas contradicciones a la hora de acordar o intentar consensuar una definición acerca de lo que se debe considerar como trabajo *infantil y adolescente*.

Se considera que la problemática acerca del trabajo infantil debe plantearse desde la particularidad de los contextos en los que se inscribe como practica social. Las generalizaciones tienden a perder de vista la materialidad específica en que se expresan los conflictos sociales. No parece necesario elaborar una definición que contenga todas las situaciones, es preferible concentrar las miradas críticas en la singularidad del fenómeno en las diferentes realidades nacionales o regionales o de acuerdo al espacio relacional (material y simbólico) en el que se desarrolla. Por ello, la definición del trabajo infantil urbano estará referida a las realidades vividas por los niños de los sectores populares de la ciudad de San Salvador de Jujuy y centrará su descripción particularmente en las actividades de aquellos en situación de calle.

Por trabajo infantil urbano se entiende al conjunto de actividades ejercidas con cierta regularidad y sin prevalerte intención de juego, que implican la participación de niños/as en la producción y/o comercialización de bienes y la prestación de servicios fuera del ámbito doméstico, a fin de obtener una retribución económica y/o simbólica para la satisfacción de necesidades individuales o familiares relacionadas tanto con procesos de desarrollo de necesidades físico-biológico como con procesos de socialización.

En el medio urbano, este trabajo abarca un gran campo de actividades. La mayoría se incluye en el sector informal a través de la venta ambulante de productos, flores o estampitas en bares, restaurantes, o medios de transporte, el servicio a automovilistas (abre-puertas de taxis, malabaristas, limpia-vidrios, cuida-coches, etc.), la recolección de residuos en la vía pública (“cirujeo”), la venta de servicios como lustrabotas y la mendicidad o limosneo.

Si bien no resulta evidente considerar como trabajo la mendicidad o la venta forzada de estampitas, la imposición de servicios como la limpieza de parabrisas o “cuidar”



autos, en el contexto urbano latinoamericano, la forma regular, organizada y creativa en la que gran cantidad de niños desarrollan estas actividades centrales para la obtención de los ingresos económicos que garantizan su subsistencia, hace reflexionar acerca de su consideración como actividad laboral.

Si el trabajo se define por la producción de un valor de cambio o de uso y el valor se conforma por el reconocimiento social de un producto, las diversas actividades permiten el acceso a un intercambio económico. Estas actividades que se retribuyen generalmente con monedas, tienen un valor material que oscila entre los 0,10 centavos y 1 peso, otorgándole valor y reconociendo en ello su medio de vida.

Con esto no se considera el limosneo como fuente legítima sino, todo lo contrario, como forma degradante de la condición humana y del trabajo y como expresión sintomática de la implantación en América Latina de modelos económicos y políticos que por un lado permitieron la concentración del poder y las riquezas en algunos sectores minoritarios de la sociedad y, por otro, han distribuido las responsabilidades, culpas y miserias en las mayorías y en especial en quienes menos tienen.

Es conveniente analizar las particularidades en que se expresa cada caso y no determinar cualquier actividad de limosneo linealmente como trabajo, pero sí cuando en determinadas circunstancias dicha actividad, demuestra un despliegue de estrategias creativas, desempeñadas con regularidad (horaria y espacial) y como medio fundamental de vida. Frente al desempleo y la pauperización, la expulsión del hombre del sector formal de la economía lleva a la unidad doméstica a enviar a mujeres, adolescentes y niños al mercado de trabajo. En muchos de los casos se insertan en el sector informal. Mayoritariamente lo hacen en tareas de baja calificación y en ocupaciones precarias. Esto se refleja, además, en un incremento en las tasas de actividad y de desocupación. Por lo general, se encuentran en situación de marginación y pobreza. Frente a la necesidad de proveer los medios de subsistencia para el hogar, en muchos casos se inicia una migración rural, ya que las zonas urbanas brindan mayores oportunidades de empleo a los adolescentes y jóvenes, en situaciones de pobreza.

En esta década se produjo un cambio de gran relevancia en cuanto al desempleo. El aumento de las tasas de desocupación abierta fue protagonizado por jefes de hogar. Contrariamente a lo que se supone “se produjo un proceso de masculinización de la

desocupación, que fue complementario de la feminización de los ocupados” (Cortés, 1995).

La coexistencia de desocupación abierta, subocupación y sobreocupación sería un indicador de “la desigualdad de la distribución de atribuciones al interior de la fuerza de trabajo” (Cortés, 1995). Como el empleo “regular” se restringe a pocas categorías de trabajadores, las opciones que se difunden, en la medida que aumenta la desocupación, son el subempleo y el trabajo excesivo. Esto último parece afectar en mucha mayor medida a jefes varones que a cónyuges mujeres.

### **Consideraciones finales**

El presente escrito intenta abrir un camino de reflexión e torno a la categoría trabajo y su relación con las actividades y estrategias de vida de los niños y adolescentes en situación de calle en el marco de las transformaciones del mundo actual. Para concluir se quiere reafirmar algunos puntos importantes, pero de ninguna manera concluyentes, respecto al tema del trabajo infantil.

Se considera relevante destacar que:

El trabajo infanto-adolescente y sus especificidades actuales deben ser analizados en relación a los cambios históricos del modelo de acumulación vigente y no como producto de una crisis aislada o de la falta de políticas sociales adecuadas contra la pobreza. Si bien el trabajo infantil ha existido siempre como referencia identitaria de los niños/as de los sectores populares, hoy presenta características que los distinguen del trabajo infantil de periodos históricos anteriores y, por ello, requiere nuevas categorías de análisis.

La actualidad del trabajo infantil se confecciona en relación directa con los procesos de degradación y diversificación del mundo del trabajo y la situación de explotación del trabajo infantil urbano y, en especial, el de los niños/as en situación de calle, tiene que ver con el carácter improductivo de sus actividades laborales, su prescindibilidad y el lugar de sobrantes del proceso productivo presente y futuro. Si el trabajo reposa sobre la tensión dialéctica entre explotación-reconocimiento, entonces, también es necesario reconocer la dimensión simbólica que imprime dicho reconocimiento,

operando como alternativa identitaria, cuando los niños/as en situación de calle se reconocen como trabajadores.

La problematización crítica sobre la realidad del trabajo de los niños en situación de calle debe enmarcarse en una discusión sobre las condiciones de la o las infancias como fenómeno económico, político, social y cultural y como proyecto colectivo pensando la infancia como construcción histórica. Las transformaciones económico-políticas de este mundo globalizado traen aparejadas nuevas formas de desigualdad y segregación urbana, que reconfiguran el escenario de la vida cotidiana de las ciudades y sus barrios e interpelan a los científicos sociales a la búsqueda de nuevas etnografías y categorías para su interpretación.

Pese a no tratarse de una inserción circunstancial ni esporádica, la mayor parte de los jóvenes no reciben beneficios sociales en su trabajo cuando realizan algún servicio. Esto se ve favorecido por la fuerte incidencia de la desocupación entre los jóvenes (particularmente entre los jóvenes pobres), la limitada capacidad de control y fiscalización por parte del Estado. El incumplimiento de las leyes sobre beneficios sociales alcanza niveles extremadamente altos con relación a los adolescentes.

Educación y trabajo deben ser vistos, en el caso de los adolescentes y jóvenes, como dos aspectos interrelacionados. Cuando existen déficits en ellos, se producen muchas frustraciones personales y, mucho peor, se condicionan los procesos de integración social de los adolescentes, especialmente los más pobres. Justamente, Konterllnik (1996) apunta que “la adolescencia es una etapa de la vida durante la cual aún se está a tiempo de promover nuevas calificaciones, aptitudes, creatividad y, en general, el desarrollo de un capital simbólico”. De ahí la importancia que pueden llegar a tener las intervenciones públicas en esa etapa. Gallart, Jacinto y Suárez (1996) señalan la importancia crucial que tiene en la actualidad “la relación entre las competencias adquiridas en la educación y la inserción laboral [ya que] la globalización de la economía exige una fuerte competitividad”. La situación de los jóvenes en el mercado laboral es particular, puesto que deben insertarse en una época de gran carencia de puestos de trabajo. Dado el rol central de la educación, los problemas de segmentación y calidad del sistema educativo tienen una gran resonancia.

Aunque el acceso a la educación básica es prácticamente universal, las condiciones de la misma y sus resultados dependen en gran medida de la región y del

origen socioeconómico de los alumnos. En general, quienes provienen de hogares carenciados tienen una mayor probabilidad de deserción. Es por ello difícil que lleguen a completar el nivel medio, lo que redundaría en que no logran adquirir las habilidades y credenciales cada vez más necesarias para conseguir su inserción laboral (Gallart et.al., 1996)

Así, los adolescentes en situación de calle conforman un grupo crítico, pues tienen necesidad de generar ingresos ya desde edades tempranas, y deben enfrentar en condiciones muy desfavorables un mercado de trabajo con exceso de oferta. Esto los lleva, en la mayoría de los casos, a insertarse en los sectores más marginales y precarios, “que son precisamente aquellos en los que el aprendizaje en el trabajo y el valor de la experiencia son menores” (Gallart et.al., 1996). Esto sería una muestra más del llamado “círculo vicioso” de la pobreza

## **Bibliografía**

Antunes R. 1996 “¿Crisis de la sociedad del trabajo?” en *Revista Herramienta* Nº 1, pp. 77-85.

Antunes R. 2003 *¿Adiós al trabajo? Ensayos sobre la metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*. Buenos Aires, Herramienta.

Aries E. P. 1987 *El niño y la vida familiar en el Antiguo régimen*. Madrid, Taurus.

Barreiro García, N. 2000 “El trabajo infantil, un concepto de difícil consenso”, pp. 147-167 en *La infancia vulnerable de México en un mundo globalizado*. México, UAM-UNICEF.

Castel, R. 1997 *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires, Paidós.

Castel, R. 2004 *Las trampas de la exclusión. Trabajo y utilidad social*. Buenos Aires, Topla.

Ciafardo, E. 1922 *Los niños en la ciudad de Buenos Aires (1890-1910)*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

García Canclini N. 1984 “Gramsci con Bourdieu. Hegemonía, consumo y nuevas formas de organización popular”, en *Revista Nueva Sociedad* Nº 71, pp. 69-77.

Grima, J. M. y Le Fur 1999 *¿Chicos de la calle o trabajo chico? Ensayo sobre la función paterna*. Buenos Aires, Lumen –Hvmanitas.

Lezcano, A. y Lapenna, M. “Condiciones de vida y estrategias laborales de los niños en situación de calle” en *Revista Cátedra paralela* Nº 1, Rosario, pp. 84-139.

Macri, M. (dir.) 2005 *El trabajo infantil no es un juego. Estudios e investigaciones sobre trabajo infanto-adolescente en Argentina (1900-2003)*. Buenos Aires, La Crujía.

Marx, K. 1970 *Manuscritos económicos-filosóficos*. México, Fondo de Cultura Económica.

Marx, K. 1979 *Salario, precio y ganancia*. Moscú, Progreso.

Schibotto, G. 1990 “Trabajo infantil. Del escándalo a la crítica de la economía política”, pp. 311-380, en *Niños trabajando*. Lima, Manthoc.

Vasilachis de Gialdino, I. 2003 *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*. Barcelona, Gedisa.